NECROLOGÍA

DEL EMINENTE ORADOR SAGRADO

DOCTOR

D. HERMENEGILDO COLL DE VALLDEMÍA

PBRO., PREDICADOR DE S. M.

Y

DIRECTOR DEL COLEGIO DE SU NOMBRE

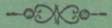
en la ciudad de Mataró,

POR

EL DIPUTADO PROVINCIAL POR EL MISMO DISTRITO

D. Terencio Thós y Codina,

Doctor en Derecho civil y canónico, catedrático de Economía
política y Legislacion industrial en la
Escuela especial de Ingenieros industriales de Barcelona, individuo de número
de la Real Academia de Buenas Letras de la misma,
correspondiente de la de Jurisprudencia y Legislacion de Madrid,
de la Comision de Monumentos históricos
y artísticos de la Provincia, etc,



BARCELONA.

IMPRENTA BARCELONESA,
CALLE DE LAS TAPIAS, NÚMERO 4.

1877.

NECROLOGÍA.

NECROLOGIA

DEL EMINENTE ORADOR SAGRADO, DOCTOR

D. HERMENEGILDO COLL DE VALLDEMÍA

PBRO., PREDICADOR DE S. M.

Y

DIRECTOR DEL COLEGIO DE SU NOMBRE

en la ciudad de Mataró,

POR

EL DIPUTADO PROVINCIAL POR EL MISMO DISTRITO

D. TERENCIO THÓS Y CODINA,

Doctor en Derecho civil y canónico, catedrático de Economía política y Legislacion industrial en la Escuela especial de Ingenieros industriales de Barcelona, individuo de número de la Real Academia de Buenas Letras de la misma, correspondiente de la de Jurisprudencia y Legislacion de Madrid, de la Comision de Monumentos históricos y artísticos de la Provincia, etc.

BARCELONA.

IMPRENTA BARCELONESA,

CALLE DE LAS TAPIAS, NÚMERO 4.

1877.

Publícase á espensas del Colegio de Valldemía.

NECROLOGIA

DE

D. HERMENEGILDO COLL DE VALLDEMÍA.

INMENSA pesadumbre nos agobia. Agitada y convulsa nuestra mano, apenas osa consignar en estas humedecidas páginas (1) la triste nueva de la irreparable pérdida que aflige y conturba nuestro espíritu.

Pero es fuerza consignarla, ya que la realidad de los hechos se impone por sí misma. El varon ilustre que era jefe de esta casa, su guia, su alma, no existe. Pero sí, existe aún. Existe en el mundo mejor á que le llamaban, mas que sus años, sus fatigosas tareas, sus preclaras virtudes, sus altos merecimientos.

El cristiano piadoso, el sabio católico, el maestro insigne, el orador eminente, el sacerdote apostólico Dr. D. Hermenegildo Coll de Valldemía ha traspasado ya los umbrales de la eternidad, en que tan puesta y fija tenia la mirada. El dia de Viernes Santo, 14 del presente mes, apenas terminado el de su bienaventurado Patron, llamóle el Señor á su seno, espirando á la salida del sol, con pleno y cabal entendimiento al par que con la calma y tranquilidad concedida á los justos, puesta la vista en el sacerdote auxiliante, siguiendo en lo posible las inefables y consoladoras preces de la Iglesia, en el preciso momento de armarse con la señal de la cruz, que no bien habia concluido. ¡Preciosa muerte, digno remate de una ejemplar peregrinacion sobre la tierra, feliz presagio de una eternidad dichosa!

(1) Este trabajo fué improvisado para insertarse en el *Boletin del Colegio de Valldemía*.

No pretendemos trazar, ni siquiera á grandes rasgos, la necrologia del que fué ilustre Director de este Colegio. Vida como la suya, no escasa de años y tan rica y henchida de trabajo, no es fácil encerrarla en los estrechos límites de que podemos disponer, á mas y mejor cuando para conservar á su personalidad todo el relieve que naturalmente tenia, nos fuera imprescindible investigar los acontecimientos, múltiples y asaz variados, de la época durante la cual aquella se desarrolló. Además de que, fáltannos á la hora presente muchos datos, y no sobreabunda en nuestro corazon la calma ni en nuestra mente la serenidad.

Consignaremos, sin embargo, para recuerdo de nuestros distinguidos lectores, de quienes tanto aprecio y consideracion mereció nuestro sabio sacerdote, y en cuyos nobles corazones tan justas simpatías hallara nuestro elocuentísimo orador, que nació D. Hermenegildo Coll de Valldemia en la villa de Moyá á 16 de setiembre de 1810, siendo sus padres D. Sixto Coll de Valldemia y D.ª Magdalena Grau. Hijo de una honrada familia montañesa, heredó con la pureza de su sangre ese temple robusto, ese espíritu varonil, ese vigor de alma, nunca abatidos ni tronchados, esa grandiosidad de ideas, esa serenidad de miras, esa elevacion de sentimientos, cuya fuerza de expansion para arrollar los obstáculos es solo comparable al poder de comprimirse á impulsos del deber y en aras del sacrificio, ese aliento indomable, para vencer á los demás y para vencerse á sí mismo, característico de la raza de nuestras montañas aun no contaminado con el hálito ponzoñoso de las revueltas y cosmopolitas ciudades, aliento soberano que, inspirándose en la triple fuente de las creencias, de la tradicion y del sentido comun, constituye el maravilloso manantial de regeneracion perenne de la vida de un pueblo de glorioso pasado y porvenir inmortal cual el nuestro.

Dotado D. Hermenegildo de felices y brillantes disposiciones para las letras, estudió desde sus mas tiernos años, con gran aprovechamiento, la gramática latina y la retórica bajo la direccion de los Rdos. Padres Escolapios del Colegio de su villa natal, tomando despues el hábito de la misma órden en 1826 y profesando al siguiente año. Trasladado luego al Colegio de esta ciudad, siguió en él tres cursos académicos de filosofía, señalándose en aquella época entre todos sus compañeros como inspirado poeta, tan hábil en la versificacion latina como en la castellana. Entonces fué cuando su ingenio empezó á tomar raudo vuelo, cuando su imaginacion fresca y lozana se entreabrió como el capullo de una rosa al sentirse herida por las brisas primaverales de la vida, cuando su perspicaz inteligencia comenzó á dilatarse por los horizontes del saber humano, sin que por esto se deshiciera del espíritu de observacion y de razonada crítica que le era ingénito, antes bien ahondando con la meditacion, que

sin tregua ni descanso en él noche y dia se iba acrecentando, al través de aquellos límites perceptibles, pugnando por elevarse á la suprema ciencia, á la contemplacion, siquiera velada, de la Verdad, del Bien y de la Belleza absoluta, de Dios, en fin, del que siempre vivió tan enamorado.

Fué, pues, para él esta ciudad, como para el digno actual Director D. Pelegrin Ferrer y para el siempre llorado D. Ramon Cuspinera, su segunda patria, la patria de su espíritu. Nada, pues, tan natural como la predileccion que, al pisar tras veinte años de ausencia, el suelo sagrado de la patria, les mereciera la noble, la culta, la risueña ciudad de Mataró, ornada por las creencias, respetable por las costumbres, enriquecida por la actividad, espléndida por la naturaleza, santificada por los recuerdos y quizás, quizás tambien por las mas ardientes lágrimas, para erigir en ella este Colegio que habia de alcanzar honrosa fama y glorioso renombre en Europa y en América y habia de ser digno remate y corona de su laboriosa y bien empleada existencia.

Terminados los tres años de filosofía, pasó D. Hermenegildo del Colegio de las Escuelas Pias de Mataró al de Balaguer, donde estudió Teologia escolástica, defendiendo públicamente conclusiones con gran lucimiento al finalizar los respectivos cursos, y siendo ordenado de Presbítero en setiembre de 1834. Desgraciadamente en aquella época ardia la Península en luchas civiles, cuyas consecuencias por lo sangrientas llegaron á ser horribles y sacrílegas, y al cumplir apenas un año de su elevacion al augusto ministerio sacerdotal salia con tan infausto motivo exclaustrado nuestro jóven religioso, como otros muchos, para las regiones de América, sin saber ni poder conjeturar siquiera el alcance que para ellos y para sus respectivos institutos tendrian aquellos nefandos y abominables atentados.

Llegado ya á la isla de Cuba, su vida fué un contínuo apostolado. Enseñanza, beneficencia, predicacion evangélica, direccion espiritual, administracion eclesiástica, influencia social, todo fué objeto de su prodigiosa actividad y ardoroso celo. Justo es, sin embargo, consignar que, á excepcion de lo que era objeto exclusivo de su carácter sacerdotal, y principalmente en la grave tarea de la instruccion y educacion de la juventud, anduvo siempre ligado y se halló eficazmente sostenido por sus invariables amigos y entusiastas compañeros D. Pelegrin Ferrer y D. Ramon Cuspinera, con quienes la identidad de ideas y de sentimientos fué tan grande, que compenetrándose mútuamente sus almas llegaron á formar por espacio de mas de cuarenta años la mas bella familia de hermanos, viviendo de unas mismas aficiones y fundiendo en una sola sus laboriosas existencias.

Hé aquí cómo nos refiere sucintamente la historia de D. Hermenegildo

en la isla de Cuba un testigo de la mayor excepcion, el Excmo. Sr. doctor D. Francisco Fleix y Solans, Obispo de la Habana y mas tarde dignísimo Arzobispo tambien de la Archidiócesis de Tarragona, en un documento auténtico que tenemos á la vista, firmado por tan respetable autoridad y refrendado por el ilustre Dr. D. Domingo García Velayos. «Se trasladó, dice, á la ciudad de Puerto Príncipe en esta isla, donde despues de haber obtenido las licencias ministeriales del M. Rdo. Arzobispo de Cuba, consiguió tambien la del Iltre. Ayuntamiento de aquella ciudad para abrir y dirigir el Colegio de Humanidades con el título de Liceo Calasancio, teniendo á su cargo por espacio de ocho años la cátedra de Filosofía del mismo, cuyos cursos se incorporaban en la Universidad de la Habana con superior aprobacion, resultando de su activo celo por la enseñanza y de su conducta moral palpables ventajas en beneficio de la juventud de dicha ciudad.»

«Habiéndose extendido la enseñanza en el expresado Colegio al estudio del Derecho, estudió á la vez el Sr. Coll de Valldemía cuatro cursos académicos que le fueron aprobados despues de su correspondiente exámen segun estaba prevenido, y sin embargo de hallarse durante ese tiempo tan atareado en la direccion del Colegio, en la enseñanza y estudios referidos, no por eso dejaba de aplicarse tambien al ejercicio del púlpito, predicando diversos sermones y cuaresmas en la parroquia é iglesias de la Merced, San Francisco y Ursulinas de Puerto Príncipe con aprovechamiento espiritual de los fieles que le escuchaban, así por la uncion de sus palabras, como por la conducta ejemplar de su vida pública y privada.»

Ya en aquella época, en efecto, se habia ido extendiendo por toda la isla de Cuba la fama de eminente orador sagrado y de docto eclesiástico de nuestro D. Hermenegildo. Así es que de todos lados se le tributaban numerosos testimonios de consideracion y aprecio, y aparte de los privados que, como siempre, eran los mas crecidos y fervientes, en 1841, como nos dice el Sr. Fleix y Solans, «fué nombrado sócio de número de la Real Sociedad Patriótica de la Habana, y habiendo sido invitado por la Junta Directiva del Colegio de Santiago en la ciudad de Cuba para hacerse cargo de la direccion de él en 1843, se trasladó á aquella capital con dicho objeto y permaneció hasta mayo del 45 al frente de dicho Instituto, esmerándose en el adelantamiento de los alumnos, predicando y recogiendo ópimos frutos de su celo y laboriosidad, segun se vió en públicos exámenes, quedando muy complacida de ellos la Comision Provincial del departamento.»

Así tambien «en este mismo año fué nombrado sócio de la Real Sociedad Económica del País y vocal de la Comision de exámenes de Profesores públicos y habiendo sido llamado en mayo del 45 por el M. Rdo. Ar-

zobispo de Guatemala, Administrador de esta diócesis de la Habana, para encargarle de la Secretaría de Cámara y Gobierno de este Obispado, se trasladó á esta dicha ciudad y desempeñó ese destino con probidad y celo hasta el fallecimiento de aquel señor acaecido en noviembre del propio año, dedicándose además al ejercicio del púlpito y confesonario al tenor de las licencias que le fueron expedidas.»

Durante ese gobierno del Obispado de la Habana ejercido por D. Hermenegildo y posteriormente al mismo, mientras anduvo ocupado en la fundacion y direccion del nuevo Colegio de la capital de aquella preciosa Antilla, reemplazóle en la direccion del antiguo de Santiago el dignísimo actual Director D. Pelegrin Ferrer, sosteniendo su crédito y acrecentándolo, ya en fuerza de sus distinguidas dotes personales y consumada experiencia, ya en virtud de la intimidad y compenetracion de espíritu de su sabio compañero Sr. Coll de Valldemía.

Mientras tanto la fama de este volaba hasta España y penetraba en Cataluña, y en diciembre del citado año de 1845 enviábale su diploma de sócio correspondiente la Sociedad de Fomento de la Ilustracion de Barcelona, que á la sazon presidia el respetable Sr. D. Félix Ribas.

«Desde enero del 46 hasta marzo del 47, continúa el Excmo. Sr. Fleix y Solans, desempeñó tambien el cargo de Oficial mayor de la Secretaría de esta diócesis, predicando mucho y presidió los exámenes del Colegio Cubano de esta capital; en el citado año de 46 obtuvo de Su Santidad el breve de secularizacion perpétua y habilitacion á beneficios eclesiásticos, en el de 47 fué nombrado sócio de la Sociedad de Beneficencia de naturales de Cataluña establecida en esta, y desde nuestro ingreso en la diócesis le proveimos de las licencias ministeriales de celebrar, predicar y confesar personas de ambos sexos, inclusas Religiosas, y la facultad de absolver de reservados, habiéndose en su consecuencia dedicado hasta el dia con verdadero celo al ejercicio de estas funciones, sobresaliendo en la oratoria sagrada, en la que siempre le han oido con aprovechamiento y gusto estos mismos diocesanos, por lo que le ha encargado el Excelentísimo Ayuntamiento de esta capital algunos sermones de difícil desempeño así por la naturaleza del asunto, como por la premura del tiempo», terminando, en fin, con los mayores y mas preciados elogios que un ministro del Señor puede anhelar de boca de su Prelado.

Esta es la honrosa fama que dejó el Sr. Coll de Valldemía en la isla de Cuba y en los países inmediatos, donde aquella encontraba eco. Por esto es que, unido su brillante renombre al no menos justo y bien sentado de sus activos é inteligentes colaboradores D. Pelegrin Ferrer y D. Ramon Cuspinera, lo mismo fué abrir sus puertas este Colegio y reanudar sus tareas tan reputados institutores, que ponerse en evidencia la ilimitada

confianza de que gozaban en América entre las mas opulentas y elevadas familias, las cuales durante mas de veinte años han venido disputándose con las mas distinguidas de la Península el honor de hacer ingresar á sus hijos en esta sólida y para siempre famosa fundacion Valldemiana.

Era en la Habana á 29 de junio de 1852 cuando se escribian los autorizados párrafos acerca del Sr. Coll que mas arriba hemos transcrito, si notables por su orígen, elocuentes por su misma sencillez. Y antes de terminar aquel mismo año regresaba el eminente orador al seno de su patria, que no habia de destrozar ni dividir como tantos otros con torrentes de volcánicas palabras y cenagosas teorías, sino antes al contrario, de aunar en la verdad y fecundizar en el bien con el inspirado acento de una inteligencia serena á la que solo, cual iman poderoso, el insondable abismo de la divina justicia atraia, y de un corazon magnánimo que solo en la caridad, placer de los placeres, virtud de las virtudes, amor de los amores, hallaba complacencia.

¿Quién no recuerda sino aquel célebre y memorado discurso en favor de los hambrientos de Galicia y de los inundados de Cataluña, predicado en el templo de Nuestra Señora de las Mercedes, Patrona de Barcelona, con que á poco de su regreso de América inauguró acá su mision evangélica? A pesar de haber transcurrido mas de veinte y tres años y no bien ser entonces adolescente el que estas líneas escribe, no se ha borrado ni se borrará jamás de su memoria el cuadro de entusiasmo, la explosion de caridad, que produjo en la capital del Principado aquella primera aparicion del insigne orador católico en el sagrado púlpito. Caia la lluvia á torrentes. Las cataratas del cielo parecian haberse abierto de par en par. El tránsito por las calles era casi imposible. Pero el interior del templo de Nuestra Señora de las Mercedes, el vestíbulo, la sacristía, los camarines, las escaleras, el coro, todo, en fin, se hallaba cuajado de una inmensa muchedumbre de fieles, á los que apenas habian podido ir abriendo paso los dependientes de la autoridad civil, que aquella vez, como en todas las que nuestro famoso Director ocupó la cátedra santa, fué indispensable colocar á las puertas del templo para dirigir, ya que no contener, tanta afluencia. ¡Cuánta inspiracion desarrolló en aquel momento el Rdo. Sr. Valldemía! ¡cuánta elocuencia desplegó! ¡cuánta persuasion, cuánto fervor, cuánto celo en pro de sus queridos pobres! ¡Y qué de corazones removió! ¡qué de gemidos y generosos ayes arrancó! ¡qué de lágrimas hizo brotar! ¡y cuán rica cosecha de abundosas limosnas hizo desprender la divina misericordia del seno de las almas compasivas al eco de su voz conmovedora é irresistible! Bien mereció desde aquel dia ser apellidado, como se le apellidó, *el orador de la caridad.*

Y en efecto. Cuantas veces en lo sucesivo fué indispensable obtener

grandes recursos de la caridad cristiana y llevar la persuasion hasta el mas alto punto, no se acudió en vano á la penetrante é insinuadora palabra de nuestro D. Hermenegildo. De entre los muchos, muchísimos, documentos que así lo acreditan, citaremos tan solo dos al pié de estas líneas por concurrir la circunstancia en el primero de ellos (1) de llevar al pié la respetable firma de nuestro dignísimo actual Prelado y en el segundo (2) las de ilustres y compasivas damas. ¡Dichosa elocuencia, que no oscurecia entendimientos, ni dispertaba pasiones, ni sembraba odios, ni acumulaba ruinas, ni concitaba luchas, y solo esclareciendo entendimientos en la doctrina sublime y salvadora del deber, del sacrificio y de la abnegacion segun Jesucristo, hermanaba corazones, restañaba heridas, colmaba abismos y arrancaba lágrimas benéficas de expiacion, de amor y de consuelo!

Ya en 1854 estaban de regreso de América los entendidos colaboradores del Sr. Valldemía D. Pelegrin Ferrer y D. Ramon Cuspinera, y unidos nuevamente los tres compañeros, bien que el fruto de sus anteriores trabajos les permitiese descansar de las asiduas é ímprobas tareas de la

---

(1) Hay un sello que dice: Congregacion de la Caridad Cristiana. — Dios y los Pobres. — Cordialísimamente agradecida esta Direccion á las indecibles bondades con que en reiteradas ocasiones ha sido y vése aun favorecida por la muy estimable y del todo venerada persona de V. cuya notoria dulce voz de caridad evangélica y cuyo corazon católicamente libérrimo se han prestado y hállanse dispuestos siempre á contribuir cooperando y facilitando el logro de prontos y copiosos socorros con los que mitigar las apremiantes necesidades del pobre y del enfermo desvalido: há consiguientemente *acordado* en sesion del dia nueve del actual el nombrar á V. por *Vocal honorario* de esta Junta con derecho de asistencia, al doble intento caritativo de ofrecer á la merecedora persona de V. un testimonio, bien que asaz modesto, de la alta consideracion y cordial reconocimiento á que se cree, la entendida, deudora hácia V. y de poder á la vez contar la misma como satisfactoriamente lo espera, con el moral é intelectual apoyo de tan digno miembro y recomendable colega para la mejor direccion, apetecido acierto y suspirados progresos de la colosal empresa humanitaria cometida á esta Junta.

Dios guarde á V. muchos años. Barcelona 14 de diciembre de 1854. — El Vice Presidente 1.º, *Joaquin Lluch*, Pbro. — El Vocal Secretario, *Miguel de Milá de la Roca*. — Sr. D. Hermenegildo Coll de Valldemía, Pbro.

(2) Hay un sello que dice: Congregacion de la Caridad Cristiana. — Dios y los Pobres. — Al recoger esta Junta el fruto de la funcion religiosa que se celebró en la Iglesia de S. Agustin en la tarde del domingo 1.º del actual, no pudo menos de ver en su resultado el dedo de Dios y el efecto de la palabra que tan dignamente dirigió V. al corazon de la inmensa multitud que ocupaba aquel vastísimo templo.

No es esta la sola vez que con su elocuente voz ha sabido V. excitar los

enseñanza, decidieron volver á dedicarse á ella como noble esparcimiento y necesidad de su espíritu, avidos del cumplimiento de sus deberes morales y de ser útiles á su patria. Raro ejemplo, digno de ser imitado, nunca bastante agradecido, y que de tener séquito en todos los ramos de la actividad humana entre los hombres que se declaran inválidos antes de tiempo por haberles sonreido la fortuna, haciendo perder prosélitos á la ociosidad, á la disipacion y al lujo de las atrofiadas ciudades, esparciendo donde mas se necesita fuera de ellas la riqueza, el saber y la experiencia de la vida, y allegando soldados veteranos para todas las conquistas del trabajo moral, intelectual y material, bastaria para cambiar radicalmente la faz de nuestro atribulado pais.

Desgraciadamente no sucede así. La inexperta juventud ostenta por do quiera su vanidosa ignorancia, comprometiendo por su falta de tacto cuanto toca, bien que á reserva de arrepentirse cuando ya sea tarde. Todo lo sabe, todo lo posee, todo lo dirige, todo lo invade, mientras que la edad madura, considerada como oscurantista y atrasada ante el mentido fantasma de constante progreso indefinido, se ve desdeñada por inútil ó escarnecida como enojosa, si ya no es que se apresura á abdicar por sí misma renunciando en el palenque de la actividad humana á su

---

filantrópicos sentimientos de los habitantes de esta culta capital; y con ello ha contribuido V. á endulzar la suerte del infeliz que gemia en el lecho del dolor y de la madre que veia con angustia perecer á su hijo por faltarle el pan con que mitigar el hambre que consumia su existencia.

Hay acciones tan grandes en sí que nada en lo humano es capaz de recompensar, y esta consideracion que no desconoce la Junta, la priva de hallar frases bastantes expresivas con que agradecer los beneficios que ha proporcionado V. á esta Congregacion al encargarse de la tarea que con tanto acierto supo V. desempeñar. El enfermo ha sido socorrido, se ha saciado el hambre de la infeliz criatura y se han enjugado las lágrimas de la pobre madre. A V. se debe que Dios premie tantos afanes.

Esta Junta no puede hacer mas que significar á V. su sincera gratitud y rogarle que se digne aceptarla y considerarla como nacida de corazones que admiran, á la par que su saber, sus piadosos sentimientos.

Dios guarde á V. muchos años. — Barcelona y noviembre de 1857. — *Leonor Cerdá de Moxó. — La Marquesa de Sentmanat. — M.ª Mercedes de Sentmanat de Chaves. — Fanny de Escrivá de Parrella. — Josefa Mataró de Brusi. — La Condesa de Fonollar. — La Baronesa de Monclár. — Mercedes Ferrando de Sabadell. — Concepcion de Bofarull. — Mariana de Casanova. — Dolores de Fontcuberta. — M.ª Antonia de Vilallonga. — Rosa Nadal de Gassó. — C. Villavecchia de Sagnier. — M.ª Sagnier de Villavecchia. — Dolores de Brichfeus.* — Sr. D. Hermenegildo Coll de Valldemía, Pbro. Director del Colegio de Cataluña.

legítima influencia y natural predominio. Y esta aberracion, como bien demuestran Dupanloup, Le Play y tantos otros, explica muchos de los desórdenes de la época contemporánea.

No participaron de la funesta debilidad de la abdicacion de los deberes y del retraimiento de la vida activa y laboriosa, dedicada al bien en honra de Dios y salvacion de las almas, los ya sesudos fundadores de este Colegio; antes al contrario, comprendiendo como todos los que se han dedicado con éxito á la enseñanza de la juventud ó que han dirigido con fruto alguna institucion social, segun discretamente observa el ya citado autor de *La organizacion del trabajo*, que la ciencia de las aulas no es mas que una imperfecta preparacion para el aprendizaje de la vida, y que solo en la extincion de las facultades por el decurso de la edad este aprendizaje halla límites, quisieron con una parte cuantiosa de sus capitales continuar aplicando á la gran tarea del profesorado el tesoro de conocimientos allegado en mas de veinte años de estudio y experiencia en la materia, proponiéndose vivir y morir enseñando.

Algo perplejo andaba sin embargo el Sr. Coll de Valldemía en la aceptacion del proyecto de fundacion de este Colegio, cuya iniciativa era debida á D. Pelegrin Ferrer. Y nó porque rehuyera lo que era su mas vivo deseo é innata vocacion, sino porque, hombre concienzudo y nimiamente escrupuloso, arredrábale la idea de la responsabilidad moral que nuevamente iba á arrostrar. Mas luego que obtuvo la seguridad de que, como hasta entonces, no le habia de faltar nunca en adelante la asidua cooperacion de sus inteligentes y expertos compañeros Sres. Ferrer y Cuspinera, cuyas elevadas dotes para la enseñanza le eran bien conocidas y tenidas por él en sumo aprecio, ya no vaciló un momento. Redactó, pues, una guia de ingreso notable por las elevadas consideraciones que le preceden y por los conocimientos pedagógicos que revela, y mientras bajo la direccion del Sr. D. Jerónimo Boada y la inspeccion de sus consócios se procedia á la ereccion de este vasto Establecimiento, emprendió un viaje con el principal objeto de conocer los principales colegios de Europa.

Ya antes de aquella época habia residido D. Hermenegildo temporalmente en los Estados-Unidos de América y conocia á fondo el estado moral y social de dicho pueblo y los principios y medios educativos que en él prevalecian. Tocábale entonces ponerse en contacto con países cuya influencia, buena ó mala, se deja sentir mas en el nuestro, importando acá todo lo que, juzgado bajo un criterio católico y nacional, fuese digno de ser implantado en nuestra patria; ya que la aspiracion que se trataba de realizar, y que al cabo podemos decir en verdad que se ha realizado, era la de destruir toda razon y aun todo pretexto para que los hi-

jos de las mas elevadas familias españolas fuesen á buscar su educacion y su instruccion prematuramente en suelo extranjero, entre mil peligros harto visibles para sí propios y para nuestra cada dia mas descaracterizada nacion.

Con el designio, pues, de contribuir en lo que estuviese de su parte á desarraigar esta fatal costumbre, orígen de tantos males individuales y colectivos, estableciendo en España un Colegio modelo, digno rival de los mejores de Europa, visitó la Inglaterra y la Francia, la Bélgica y la Holanda, sin descuidar la Alemania, y de sus estudios dió cuenta en una série de artículos que en los periódicos vieron la luz pública.

De regreso de su excursion, la predicacion y la enseñanza le han tenido constantemente ocupado por espacio de mas de veinte años, que tantos median desde 1.º de setiembre de 1855, en que tuvo lugar la inauguracion de este Establecimiento. Si este ha correspondido á las nobles aspiraciones de sus fundadores, á las esperanzas del país y á las exigencias de los hombres pensadores y verdaderamente ilustrados, no lo diremos nosotros. Díganlo el crecidísimo número de personas de las mas elevadas categorías sociales é intelectuales, testigos á todas horas de su marcha. Díganlo el número mas crecido aún de familias que en España y en América le han dispensado el honor de confiarle la educacion y la instruccion de sus hijos, desde los príncipes de la sangre real, grandes y títulos del reino, altos dignatarios del Estado, funcionarios públicos civiles y militares, hasta los propietarios, industriales, capitalistas, comerciantes y hombres de todas las carreras, que constituyen el nervio, la vida y la honra de nuestra nacion y de las del continente americano. Díganlo, en fin, sus propios alumnos, que en todas partes brillan y florecen, y en cuyo espíritu hay un sello indeleble, que se transparenta en todos sus actos, y es el de Valldemía.

En cuanto á este su malogrado Director, llenó hasta el último momento con asiduidad y celo exquisito las elevadas funciones, principalmente de índole sacerdotal y social, que en la Direccion del Colegio se habia reservado, y á la par continuó ocupando la cátedra evangélica, no solo todas cuantas veces y en cuantas partes, con preferencia en la vecina capital del Principado, la caridad se lo exigia, segun hemos dicho, sino tambien en la mayor parte de los grandes acontecimientos sociales, que en su feliz y no quebrantada alianza interesaban por igual á la religion y á la patria: la religion, sacrario augusto de nuestras almas; la patria, templo sagrado de nuestras familias.

Con semejante oportunidad y bajo el tema de *La Religion y la sociedad civil* en 31 de octubre de 1853 pronunció en la iglesia Catedral de Vich la oracion fúnebre en elogio del Dr. D. Jaime Balmes con motivo de la inau-

guracion del monumento levantado para perpetuar la memoria de aquel célebre publicista y esclarecido filósofo; y entre otros muchos que seria prolijo enumerar, el sermon sobre las ventajas sociales del Instituto Agrícola Catalan, esa vital institucion que tanto engrandece á nuestro país perpetuando la tradicion y fomentando el progreso, predicado en el año 1853 en la iglesia del Pino de Barcelona, con motivo de la fiesta de San Isidro; la oracion fúnebre por el aniversario de los que perecieron en el asalto de la villa de Moyá, su país natal, ocurrido en octubre de 1839, sermon resplandeciente de caridad con la circunstancia de ser otra de las víctimas uno de sus hermanos; el de accion de gracias por la terminacion en esta ciudad de los terribles estragos del cólera morbo asiático en 1854, que revistió el carácter de una brillante y patética improvisacion por haberle sido comprometido al pié del púlpito arrancándole de entre la concurrencia; el que pronunció en la Basílica de Barcelona corriendo el año 1856 por las víctimas de las luchas civiles habidas en dicha ciudad, en el cual, con la elevacion y rectitud de criterio y el espíritu de caridad que le caracterizaba, se sobrepuso por completo á las divisiones de los bandos, remontándose á la esfera de los principios eternos en que tanto amaba espaciarse; el que con vivo entusiasmo le oyó en el mismo año la inmortal Gerona en obsequio de los ilustres mártires del heróico sitio que con sin igual constancia sufrió en 1809; el que en 28 de setiembre de 1858 predicó en la Real Capilla de Madrid por las honras del Rey Don Fernando VII, en que se demostró tan hábil como verídico; la palpitante oracion fúnebre, pronunciada en la Catedral de Barcelona en 1860 por los soldados de la patria que sucumbieron en la gloriosa guerra de África; el que en 1.º de octubre del mismo año dirigió á SS. MM. y AA., córte, autoridades y pueblo congregados en la basílica de Monserrat al pié de la celestial Patrona de Cataluña, en que hizo vibrar todos los mas nobles sentimientos del corazon humano y singularmente los de fe y patriotismo que se abrigan en los pechos de los verdaderos españoles (1); el que en 1862 predicó en la patria del ilustre vicense San Miguel de los Santos con

---

(1) Hay un sello que dice: Diputacion Provincial de Barcelona. —En la funcion religiosa celebrada en 1.º de octubre último en el Santuario de Monserrat á la que tuvieron la dignacion de asistir SS. MM. y AA. ocupó V. S. la cátedra del Evangelio y tanto por las circunstancias que concurrian en tan solemne acto como por los venerandos recuerdos que evoca siempre aquel sagrado recinto, V. S. felizmente inspirado, añadió un nuevo lauro á los muchos que, como eminente orador sagrado, ha sabido conquistarse en su dilatada carrera.

La Diputacion provincial felicita cordialmente á V. S. por la impresion que

motivo de su canonizacion; el que en 1864 dirigió á la Subdelegacion del Instituto Agrícola Catalan de San Isidro de Tarragona, en la festividad de su Patron; el que en 1.º de noviembre del mismo año pronunció en la Capilla del Real Palacio de Madrid en la funcion del voto de los Reyes por el terremoto del siglo pasado en Lisboa; el que en 1867 en Barcelona dedicó á anatematizar con los rayos de su poderosa é irresistible elocuencia la infame guerra que se hace al Sumo Pontífice católico, en cuya defensa se interesan nuestra fe y el honor y el porvenir de nuestra raza; la oracion fúnebre que en la basílica de la misma ciudad condal profirió en las exequias de las víctimas del tifus icterodes en 1870; el que en Valls, despues de las sangrientas y salvajes escenas de que fué teatro dicha poblacion, predicó en 1871 y en plena revolucion con celo verdaderamente apostólico y entereza cristiana; el que en el mismo año y en un dia relúciente de esperanza y de gloria, entre muchos cargados de nubes de angustia y de horror, consagró en Barcelona á celebrar el vigésimo quinto aniversario de la eleccion y coronacion del inmortal Pontífice Pio IX; la oracion fúnebre dedicada en 23 de diciembre de 1873 á la memoria de S. A. el malogrado Infante D. Fernando de Orleans y de Borbon, ilustre alumno de este Colegio; el que en el pasado año de 1875 recordó á la ciudad de Gerona las glorias de la independencia española y sus propias inmarcesibles glorias; y para concluir, en fin, aquel con el cual en el mismo pasado año — y ¡singular coincidencia! en el mismo templo de Nuestra Señora de las Mercedes en que habia empezado su apostolado católico en Barcelona — fué á terminarlo en el dia dedicado á su Patrona, reseñando, al ocuparse de la grande obra de la libertad de los cautivos, todas las invasiones que España habia sabido hasta ahora rechazar para conservar su libertad é independencia, y confiando, por tanto, que en lo venidero sabria salir vencedora en esa gran guerra de la *ignorancia científica*, y repeler la sofistería que se empeña en encontrar la verdad en los contradictorios, conservando, en su virtud, incólume la unidad en la fe, que es la libertad en los espíritus.

Hé aquí cómo es cierto que la historia de la predicacion del Sr. Coll de

---

en el auditorio causaron las elocuentes palabras que brotaron de sus autorizados labios y considera á gran honor el poder aprovechar esta ocasion para rendir á V. S. tributo de admiracion á sus distinguidas dotes y ofrecerle toda su consideracion.

Dios guarde á V. S. muchos años.— Barcelona 1.º de diciembre de 1860.— El Diputado de mas edad, *Félix Ribas*. — P. A. de S. E., El Diputado Secretario, *M. Duran y Bas*.— Sr. D. Hermenegildo Coll de Valldemía, Pbro., Mataró.

Valldemía anda enlazada con la de la religion y de la patria, y cómo queda puesto en evidencia que él fué en estas vecinas comarcas el orador de los grandes acontecimientos sociales, prósperos ó adversos, que á entrambas durante esos cuatro lustros afectaron, siendo siempre su inspirada voz el eco fiel y el intérprete reconocido de las ideas y sentimientos de nuestro católico pueblo, á la par que la de un fervoroso y autorizado apóstol de la Verdad y del Bien.

Y no se crea que en esta ya larga enumeracion de sus discursos hayamos comprendido ni siquiera todos los que de índole eminentemente social pronunciara y que nuestra flaca memoria no nos permite recordar, cuando menos los de exclusivo carácter religioso, didáctico moral ó panegírico que en gran número le oyeron ciudades y villas, pueblos y aldeas de nuestra Cataluña, pues si bien orador predilecto de las personas de alta educacion intelectual, se complacia por su parte en prodigar el pan de la divina palabra por igual entre los grandes que entre los pequeños, siempre que la oportunidad se brindaba ó el bien de las almas lo exigia; no siendo esta noble y antigua ciudad de Mataró, que se envanecia de contarle en su seno y le rodeaba de distincion, de amor y de respeto, la que menos participó de los esplendores de su elocuencia.

No es esta la ocasion de hacer el análisis crítico de sus discursos, grata tarea que esperamos llenar en lo que nuestras débiles fuerzas alcancen cuando tenga lugar la anhelada publicacion de los mismos. Un concepto, que es público y notorio, debemos tan solo adelantar, y es que en teologia brillan por su ortodoxia, en moral por su pureza, en filosofía por su profundidad, en historia por su erudicion y literariamente por su ardorosa vehemencia unas veces, por su majestuosa sublimidad otras, por su elevacion y grandilocuencia siempre; de suerte que, aun despojados de aquella inimitable manera en el decir, de aquel su arrebatador y persuasivo acento y del *os magna sonaturum* de que siempre fueron revestidos y acompañados, bastarian para acreditarle ante la posteridad no solo de pensador eminente, sino tambien de gran maestro en el difícil arte de demostrar, embellecer y hacer amar la verdad.

Otra observacion importa desde luego consignar, y es asimismo que, á pesar del sesgo social que tuvieron gran parte de los sermones del señor Coll de Valldemía, á pesar de que muchos se rozaron con hechos contemporáneos, y aun tuvieron por asunto acontecimientos públicos y nacionales, y á pesar de que combatió siempre con teson y energía toda clase de errores y de vicios, cualquiera que fuese el disfraz que tomasen, y sin tregua ni descanso fulminó acerbas censuras contra la Revolucion enemiga de la Iglesia, jamás se inmiscuyó en las cosas de política y gobierno, como no fuese el gobierno de Dios y política de Cristo, ni rebajó

jamás su criterio apostólico al nivel del de los partidos, ya por no considerarles en posesion de la verdad á cuya causa estaba adscrito, ya porque, ajeno por vocacion y por alteza de miras á sus luchas y miserias, como humilde ministro del Altísimo, segun sus palabras, creia deberles á todos compasion y caridad en igual grado.

Estas relevantes cualidades, que como sacerdote católico y orador sagrado caracterizaban á nuestro D. Hermenegildo, le valieron la honra de que en 27 de enero de 1858 S. M. la Reina D.ª Isabel II le nombrara su Predicador supernumerario, y que en 14 de diciembre del año próximo anterior S. M. el Rey D. Alfonso XII le confirmara en dicho cargo. Bien asi como ya antes, en 12 de marzo de 1853, para honrarse á sí misma honrando al literato, llamárale á su seno la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, que á la sazon presidia el ilustre cuanto venerable D. Próspero de Bofarull; y para ilustrarse con la cooperacion de tan esclarecido patricio, en 20 de enero de 1854 la Económica Barcelonesa de Amigos del País distinguíale abriéndole sus puertas.

Sensible es, sin embargo, que otras Corporaciones científicas y académicas que ocupan lugar preeminente en nuestra España y hasta las cuales á no dudar llegó el arrebatador eco de su inspirada palabra no siguieran con el eminente orador catalan el ejemplo de las primeras de este Principado. « El orador que sirviéndose de las galas de la diccion, y de su habilidad para mover los afectos y hechizar la fantasía, procura hacer adoptar opiniones erradas, es un verdadero impostor, no menos culpable que quien emplea medios, quizás mas repugnantes, pero mucho menos peligrosos.» Así se expresaba nuestro ínclito filósofo D. Jaime Balmes, y mas adelante añadia: « Los escritores ú oradores dotados de grandes cualidades para interesar y seducir, son una verdadera calamidad pública cuando las emplean en defensa del error.» Ya, pues, que con tanta frecuencia se olvidan estas sesudas palabras, que con tan lastimosa facilidad en nuestra patria se paga tributo de admiracion y de aplauso á la belleza de las formas, siquiera encubran estas un fondo horrible y destructor, y que sin asomo del menor reparo se franquea el paso á los artistas de la palabra corruptora, ayudándoles á adquirir medro y fama ante el público concepto, ¿por qué no debió seguirse el ejemplo, por quienes podian, de llamar y enaltecer al ya famoso orador cuya elocuencia sin ceder, antes aventajando á muchas, en esa clásica belleza de formas tan exclusivamente amada, estuvo consagrada siempre, bajo la inspeccion de la Iglesia, á la union de todos los españoles y al renacimiento de la gloria y de la vida nacional en la verdad, en la justicia y en la virtud?

No por esto ese injustificado olvido quitó un solo átomo de su renombre al Sr. Coll de Valldemía, ni velará un solo resplandor á su memoria.

Además de que, si es verdad que nuestro amigo amó con afan la honra de su nombre y de su persona y trabajó por ella, no es menos cierto que siempre desdeñó los honores, y nadie mas que él los tuvo en menos, á pesar de lo cual no pudo escapar, no ya á las simpatías, sino al inmenso número de distinciones que le atraian sus nobles y singulares cualidades. Por su propio impulso no aspiró sino al título de Licenciado en Sagrada Teología que por necesidad le exigian las leyes para la direccion de su querido Colegio y que recibió, despues de formales ejercicios, en su primer viaje á Madrid, cuando ya para él debian ser estos un motivo de humildad, virtud que por cierto no le era desconocida, antes andaba en trato muy frecuente y asíduo con ella.

Si de la vida pública de D. Hermenegildo debiésemos pasar á la privada, veríamos que todavía su mérito y valor se acrecientan. Apelamos á todos, que fueron muchos, los que tuvieron la dicha de conocerle y de tratarle, y particularmente á los que alcanzaron la honra de contarse entre sus íntimos. Pero, ¡ah! ¿cómo describir ni reseñar aquel conjunto de raras y elevadas prendas del alma, que le hacian á un tiempo admirar de los grandes y querer de los pequeños, maestro asequible para los niños, insinuador eficaz para los jóvenes, consejero sesudo para los padres, interlocutor elevado para con los adultos? De él, en verdad, como del santo obispo de Ginebra, de quien fué entusiasta admirador y celoso discípulo, puede decirse que mas influencia sobre las gentes ejerció con sus conversaciones que con sus discursos, no obstante ser la de estos tan grande y manifiesta. Dotado de un corazon exquisito, de una imaginacion viva, de un entendimiento penetrante, de genio eminentemente estético, nutrido de estudio, cargado de experiencia y de observacion, poseido de la idea del deber, estimulado incesantemente por ella, profundo y rápido en sus concepciones, fácil y correcto en el decir, favorecido por una voz grave, magnífica y sonora, sus palabras herian, sus conceptos penetraban, sus conversaciones dejaban huella, y por decirlo así, embriagaban, ya que empezando por subyugar los entendimientos acababan por arrastrar las voluntades.

El tema mas constante que desde algunos años embargaba su atencion era el precario estado á que la Revolucion impía ha reducido á la Iglesia y á su cabeza visible el Soberano Pontífice, doliéndose como buen católico y excelente patricio de los graves daños que la religion de Jesucristo en la España de Recaredo, de Hermenegildo y de Pelayo ha recibido. Indignábase al pensar que estos quebrantos mas que por la fuerza, harto aparente, de los malos, sufríalos la religion por la injustificable cobardía de los buenos y por su desidia é ineptitud en el cumplimiento de sus deberes morales; no sin dejar de expresar inmensa compasion por la tremenda

responsabilidad que ante la inexorable justicia de Dios se acarrean los infelices y desatentados causadores de tantas ruinas espirituales, al paso que expresaba su constante deseo de dar su vida y derramar su sangre en defensa de los derechos de Dios y de su Iglesia. Amaba con ternura filial, con acendrado amor al inmortal Pio IX, y tenia por el dia mas feliz de su vida aquel en que al término de su viaje por Italia pudo postrarse á los piés del Vicario de Jesucristo. Por esto, despues de la audiencia del 2 de julio de 1867 que Su Santidad se dignó concederle, enardecido de fe y lleno de entusiasmo exclama:

«¡Roma! ¡Sede de la verdad de Dios! ¡trono del Vicario de Jesucristo! ¡albergue del Rey católico de las almas! ¡oráculo de los designios del Altísimo! ¡centro de la unidad de la fe! ¡cátedra única en el mundo, donde el Evangelio es enseñado en su integridad y pureza! ¡morada augusta del gran Centinela del Señor, que vela por el sostenimiento de los principios salvadores de toda sociedad perfecta! ¡único poder en la tierra, que guarda el arca santa del principio de autoridad, de justicia, del derecho, de propiedad, de la indisolubilidad del matrimonio y de la santidad de la familia! ¡asiento por fin de la Religion verdadera, porque donde está Pedro, ahí está la Iglesia de Jesucristo, fuera de la cual se revuelcan siempre con odio contra ella la idolatría estúpida, el judaismo pertinaz, el cisma cruel, la herejía rebelde, la incredulidad ligera, el ateismo homicida y el panteismo sensual!

» A pesar del diluvio de calúmnias, que el error de todos los siglos ha descargado sobre tu frente, yo te saludo, ciudad eterna, no porque la inmortalidad esencialmente te pertenezca, sino porque mora en tí el único Rey, Padre y Pastor, que de su triple soberanía tiene por fianza la eternidad.»

Este magnífico apóstrofe, que en forma de nota hallamos consignado en uno de sus interesantes manuscritos como impresion de aquella visita memorable, revela bien cuáles eran las convicciones y los sentimientos mas íntimos de su alma, y cuán preparado en la fe y en la piedad se hallaba su espíritu para acercarse dignamente á los piés del inmortal Pontífice.

Tambien él como San Francisco de Sales tuvo que luchar. Pero ¡ah! ¡cómo llegó á dominarse! Exactísimo en el cumplimiento de sus deberes religiosos y sociales, activo y fervoroso, humilde y sufrido, bondadoso y caritativo, parco en extremo y nada contemporizador consigo mismo, retirado del mundo y del trato en vano y embebecido en la gran idea de la muerte, que le servia de criterio para juzgar en definitiva todas las cosas de la vida, y sobre todo en la adorable del Divino Maestro, que era objeto constante de su contemplacion. «Recuerdo — dice á D. Pelegrin Fer-

rer desde Roma el venerable General de las Escuelas Pias reverendísimo P. D. José Calasanz Casanovas — que mas de una vez con D. Ramon y con V. mismo D. Hermenegildo nos hablaba de la muerte con la tranquilidad de un Sócrates, ó mejor con la resignacion de un cristiano, y hasta me parece que, como San Pablo, deseaba disolverse, y solo sentia compasion para el que sobreviviese, y solíamos concluir juntos con un: hágase la voluntad de Dios, puesto que volveremos á reunirnos para ya no separarnos jamás.»

En esta disposicion de ánimo le vino á encontrar el ángel de la muerte que desde los estrechos y ásperos senderos del tiempo habia de conducirle amorosamente á los floridos é inconmensurables campos de la eternidad. Y fué lo notable que, precisamente el último acto de su vida pública, el último esfuerzo de su corazon de apóstol, aquel al cual acaso debió el agotamiento de sus gastadas fuerzas, el último sermon, en fin, salido de sus labios, fué el que el domingo de Pasion en la grandiosa parroquial de Santa María de esta ciudad con ocasion de la hora de vela y adoracion al Señor sacramentado dirigió á sus alumnos, dedicado á enseñarles el valor del tiempo y la inmensa trascendencia de su pérdida, que lleva en pos de sí como necesaria consecuencia la pérdida de la eternidad. ¿Quién al oirle con ardorosa vehemencia y arrebatador acento estigmatizar las tres formas hoy dia mas en boga de perder el tiempo: ociosidad por vicio, negocio sin moralidad, é impiedad perseguidora y destructora de las almas, quién, decimos, al oirle con vibrante voz fulminar contra esos desperdiciadores el anatema de eterna perdicion, hubiese dicho que se hallaba ya él mismo tocando en los limites del tiempo y próximo á traspasar los umbrales de la eternidad?

Jamás como aquella tarde estuvo tan profundo y elocuente. ¡Era aquel el último cántico de su espíritu! ¡eran aquellos los últimos y mas vivos arreboles de un sol tocando á su ocaso!

No pasaron cuarenta y ocho horas sin que se sintiera herido de muerte. Así lo comprendio él desde luego, por mas que el cariño y el buen deseo de los que le rodeaban no se lo hicieran adivinar á estos hasta mas tarde. Una pulmonía aguda, complicada con otros antiguos padecimientos, postróle en cama. Y cuando la ciencia hubo vencido esa primera forma del mal, una calentura invencible terminó la obra. No se inmutó D. Hermenegildo ante la evidencia de su próxima muerte, antes viéndola acercarse dia por dia y hora por hora conservó toda la serenidad de ánimo, toda la grandeza de espíritu que le eran tan características. Sufrido y resignado, por espíritu de humildad y de paciencia y por un vehemente deseo de penitencia y expiacion, á pesar de agudísimos dolores, no exhaló en todo el curso de su enfermedad ni un lamento, ni un quejido. Y es que deseaba

padecer para honra de Dios y para bien de su alma: deseo inspirado en *la locura de la cruz*, en cuya escuela él hace años venia formándose.

Derribado en el lecho del dolor no le preocupaba el estado de su cuerpo, sino la suerte de su alma. Comprendia que aquella era la última prueba á que le sujetaba el Señor y deseaba sobrellevarla con amor para obtener de él perdon y misericordia. Por esto cabe á sus manos guardó siempre el libro de rezo, y en este y en la oracion, padeciendo y orando, hallaba consuelo.

En esta ocasion, como en tantas otras, se ha comprobado la relacion que por lo comun guarda la muerte con la vida de los hombres. ¡Elocuente enseñanza que los mundanos y enemigos de Dios rechazan — pero ah! en vano — como si hubiesen de vivir eternamente!

Pidió D. Hermenegildo recibir el Viático, que en efecto, á las ocho de la mañana del dia 11 con gran pompa y solemnidad, segun su deseo del buen ejemplo, le fué administrado. Recibióle con verdadera compuncion y transporte de alegría; tanta, que no pudiendo dominarla, á pesar del sufrimiento físico, volvióse, no bien se alejaba la comitiva, hácia un sacerdote, discípulo suyo muy querido, exclamando: «en prueba de lo muy contento y satisfecho que estoy», al par que le daba un estrechísimo abrazo. Mas no habia salido todavía el augusto Sacramento de su estancia, cuando no bastándole al parecer para lo que su corazon sentia la protestacion de fe acostumbrada, dirigiéndose al gran número de personas que le rodeaban, sacerdotes en su mayor parte, díjoles con voz conmovida: «Unum tantummodo verbum dicam fratribus adstantibus. Teneo et confiteor veram fidem catholicam, apostolicam, romanam quam pro viribus meis, licet exiguis, prædicavi; vero vehementer doleo mihi non datam esse gratiam, quam certe non merui, moriendi pro ejus defensione.» Dignas y oportunas palabras, pronunciadas á la faz del Santísimo, en el momento mas solemne, que pintan al hombre religioso mejor que pudiéramos hacerlo nosotros, y que por lo mismo no necesitan ni sufren comentario.

Apenas la noticia del Viático de D. Hermenegildo llegó á Roma, corrió el Rmo. P. General de las Escuelas Pias al Vaticano á pedir al Santo Padre una bendicion, bendicion que otorgó inmediatamente el bondadoso Pontífice para consuelo y alivio del enfermo.

Mientras tanto continuaba este entregado á la meditacion de la pasion del Redentor que en aquellos dias conmemoraba la Iglesia, acordándose de sus queridos discípulos y del Colegio, por cuya buena marcha todavía velaba, enterándose de la manera como por todos se llenaban los deberes, y particularmente en aquellos dias los religiosos, y puesto enteramente en manos de la divina Providencia. Aunque amaba la eternidad que ya

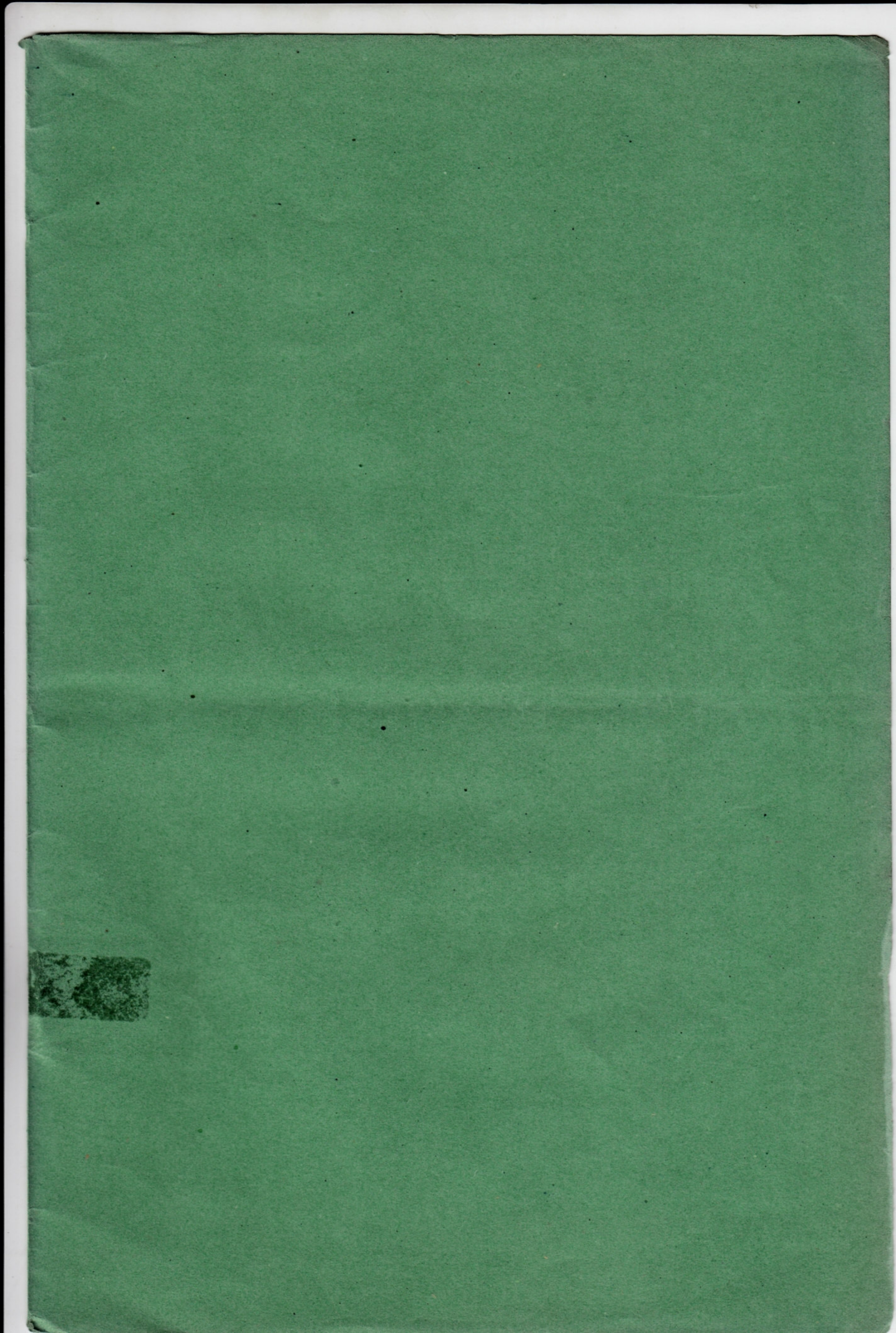
entreveia, no se hubiera resistido á permanecer en el tiempo, si aquella le hubiese devuelto la salud. Como uno de los sacerdotes del Establecimiento, con quien acababa de reiterar su confesion, le diese esperanzas de restablecimiento diciéndole que aun acaso tendria que volver á tomar las herramientas para trabajar en la casa, valiéndose de las palabras de los monjes que rodeaban á San Martin de Tours, D. Hermenegildo comprendiendo la alusion que le era muy familiar, tomando en boca las palabras del santo contestó: « Domine, si adhuc populo tuo sum necessarius, non recuso laborem. Fiat voluntas tua.»

Fué, empero, la voluntad de Dios que al fin hallase el descanso. Y en la mañana del Viernes Santo, cerca de las siete de la misma, despues de recibida la sagrada Extrema-uncion y de aplicada la Indulgencia plenaria, mereció que el Señor le llamara á su seno, durmiéndose en él blanda y suavemente, como un niño en el regazo de su madre. ¡Descanse en paz!

. . . .

. . . .

Hoy D. Hermenegildo Coll de Valldemía no existe entre nosotros. Pero queda su amada fundacion, queda este Colegio, que honró y seguirá honrando con su nombre, que fructificó con sus vigilias, en que, por decirlo así, inoculó su espíritu. Quedan sus doctrinas, quedan sus preceptos, quedan sus consejos, quedan sus ejemplos. Durante veinte años se han formado tradiciones, se han formado hábitos, se han formado reglamentos, se ha formado escuela. Todo esto subsiste. Subsisten los profesores que él escogiera, los colaboradores de su obra, muchos de los cuales le ayudaron á cimentarla y engrandecerla. Subsiste, sobre todo, el iniciador de esta grande institucion, el que estimuló al Sr. Coll de Valldemía á fundarla, el mas activo cooperador que en ella tuvo, aquel en quien al establecerla mas confió, el que compartió con él la direccion, el que por espacio de cerca cincuenta años le estuvo asociado, aquel con cuyo consejo contó siempre, su amigo, su compañero, su hermano del alma D. Pelegrin Ferrer. Él asume hoy la direccion del Colegio de Valldemía, que de hecho y en realidad siempre ejerciera, y estimulado por el deber y por el honor, adoctrinado por la experiencia é inspirado por la memoria de Valldemía y Cuspinera, abrigamos la grata esperanza, mejor, la conviccion firmísima de que sabrá conservar acrecentándolo para España y para la América latina este Establecimiento, que es una de las glorias de nuestro país, marcándole los derroteros y abriéndole la senda que exijan las vastísimas y cada dia mas crecientes necesidades de la enseñanza católica, en que fian su porvenir las atribuladas naciones modernas.




FONS P. POCH
n.º 6718
Ex 92 (COL) THO
ARXIU PROVINCIAL ESCOLA PIA - CATALUNYA